

En cada uno grabada se encontrára
La imágen de mi madre entre mis brazos!

Siempre tú, no más tú. Que en mi existencia
Sólo tú eres bondad, bien y consuelo;
Sombra de ángel al mundo descendida
Para en sus alas conducirme al cielo;
Fé de mi creencia, luz de mis ideas,
Mitad nunca de mi alma desprendida,
Mi ser, mi amor, mi adoración, mi vida,
Madre, imágen de Dios, ¡bendita seas!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

La Cruz de la Montaña.

O cruz, ave. spes unica.

Héme al pié de tu altar, ya prosternado,
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,
Convulso de dolor, desesperado.
Me acojo á tí, porque me cansa el mundo;
Falto de fé, vacilo y me confundo . . .
¡Vengo á buscar en la congoja mía
La dulce paz de tu montaña umbría!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena,
Mi idolatrada madre, dulce y buena,
De un apóstol la historia me contaba,
Y á quien Jesus de Nazareth llamaba.
Santa misión de amor le inspiró el cielo;
Paz y amor predicó, y en el Calvario,
Al morir, trocó en signo de consuelo
El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entónces ¡oh Cruz! cuando en mi frente
El surco apareció de la tristeza,
Corrí á tu altar, humilde y reverente,
A inclinar afligido mi cabeza,
Y de mi llanto á desatar la fuente.
Y hallaron siempre alivio mis dolores,
Siempre el aliento de la fé volviera
A mi nublado cielo sus colores,
Y al árbol de mi dicha, con sus flores,
Su gallardo esplendor de primavera.

Mas, ¡ay de mí! trás mis primeros años
Vinieron en tropel tétricas horas,
Vino otra edad de negros desengaños;
Y á la luz de sus pálidas auroras,
He inclinado la faz entristecida,
Al mirar cuál tornó mústio y sombrío
El panorama inmenso de mi vida
La dura mano del destino mio.

Ya no habitaba entónces mi cabaña,
 Ni vivía la madre tierna y pura
 Que me enseñó á adorar en la montaña
 O en el fresco verjel de la llanura,
 La Cruz agreste que el pastor venera,
 Y que tiene por techo los espacios,
 Y por eterna alfombra la pradera.

Yo estaba en la ciudad..... allí el creyente
 Busca los grandes templos suntuosos
 De columnas de mármol esplendente,
 De ricos artesones primorosos,
 De altares de marfil . . . quiere embriagarse
 En la nube de aromas que se exhala
 De los fulgentes incensarios de oro,
 Y adormecer sus lánguidos sentidos
 A los ecos del órgano sonoro,
 De la profana música remedo;
 Fariseo sensual y sibarita,
 Quiere adorar á Dios como el levita
 O como el vil pontífice pagano.
 ¿Yo prosternarme allí? yo ser cristiano
 Con ese culto hipócrita? ¡no puedo!

Y vine á verte en la montaña oscura,
 Aquí en las altas rocas solitarias
 Del venerable bosque en la espesura;
 Vengo á verter el llanto de amargura
 Al murmurar mis férvidas plegarias:

Por fin ya te encontré, ¡signo sublime!
 Virgen de humillación, como quería;
 Cual te buscaba siempre el alma mía,
 Que tanto y tanto la desgracia oprime.

¡Oh! tú no tienes los altares de oro
 Que aquella gente hipócrita venera,
 Ni aquí resuena el órgano sonoro,
 Ni el perfumado cirio reverbera;
 Pobre te alzas aquí. . . mas yo te adoro
 Con el cariño de mi fé primera.

No tienes más adorno que las flores
 Que el inocente leñador cortára
 De los esbeltos juncos cimbradores
 Para alfombrar el césped de tu ara.
 O de campestres lirios, la cadena
 Que pastora infeliz ofreció pía,
 Cuando con lábio trémulo pedía
 Tu protección en su amorosa pena.

Te dá sus perlas la naciente aurora
 En argentada lluvia de rocío,
 Del iris con las tintas te colora
 El sol de las mañanas del estío;
 La piedra de tu altar, arrulladora
 Lame la blanca linfa de ese río,
 Que vá despues entre la selva oscura
 El soto á fecundar y la llanura.

Cantan aquí sus himnos perennales
 La enamorada tórtola inocente,
 Y el alegre zentzontli, y los turpiales
 En los enmarañados bejucales
 Y en la verde espadaña del torrente,
 Miéntras que de los riscos, espumantes
 Gimen las roncás aguas, despeñadas,
 En sus grutas de pórvido encerradas.

Tú eres humilde ¡oh Cruz! pero estás pura;
 Aquí no llega el corrompido aliento
 Del mundo vil, ni el bacanal acento
 Que alza la humanidad en su locura.
 Tú eres muy pobre ¡oh Cruz! pero elocuente
 Me hablas ahora, como hablar solías
 Al ardoroso apóstol, al creyente
 Que te adoraba en los antiguos días.

Así te quiso el Redentor del mundo,
 Que te escogió en el bosque centenario
 Para abrazarte con dolor profundo
 En su santo martirio del Calvario.
 Y así debes estar, entre tus flores,
 En tus añosos bosques escondidos,
 Consolando los tímidos dolores,
 Aliviando los pechos oprimidos.

¡Santa y sublime Cruz! ¡soy desdichado!
 Ruge la tempestad de los pesares

Dentro mi corazón desesperado,
 ¡Vengo á buscar consuelo en tus altares!
 Dáme de mi niñez blando el sosiego;
 Que vuelva al corazón la antigua calma;
 ¡Consuelo del cristiano, te lo ruego!
 Yo tengo mústia y dolorida el alma.

Yo quiero aquí olvidar; busco un asilo
 En tí, mi dulce y única esperanza;
 Aquí en tu altar descansaré tranquilo;
 Aquí hallaré la paz y la bonanza.
 Y cuando enlute el velo funerario
 Mi triste frente, y al dolor sucumba,
 Tú ¡Cruz humilde! cubrirás mi osario,
 Y tus violetas ornarán mi tumba.

LAS ABEJAS.

Ya que del cármén en la sombra amiga
Fuego vertiendo el caluroso estío,
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno río;
Ven, pobre amigo, ven, y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mío

Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la lúgubre tristeza
Con que incensato en tu despecho lloras.
¡Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados días
Aun alumbrá risueña la esperanza;
Tú cuya confianza,
Inocentes placeres, y alegrías,
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú jóven, tú feliz, tú á quien halaga
Con sus preciosos dones la fortuna,

Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga,
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abraze
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazón traspase;

Tú, jóven, ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente,
La dolorida frente?
¿A la pérdida acaso recordabas?
Inexperto doncel ¿de qué te quejas?
¿Por qué llorando de la vil te alejas?
¿Qué ventura has perdido?
¿Qué tesoro escondido
En ese corazón perjuro dejas?
¿Por qué cuando en un día,
Primera ves miraste

De esa traidora la belleza impía,
El terrible fulgor no vislumbraste
De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa
Abriga esa mujer; vicio temprano,
Como á las gentes que en la corte habitan,
Ya corrompió su corazón liviano.
Si amor á buscar fuiste
Entre el pérfido mundo cortesano,
Por eso ahora ¡ay triste!
Lloras el tiempo que perdiste en vano.
¡Amor allí no existe!
Allí cual frescas, perfumadas rosas,
Al corazón se ofrecen las hermosas.
¡Ay de quien su perfume
Aspira incauto, y de confianza lleno
Pronto en la duda y tédio se consume
Al negro influjo del mortal veneno.
¡Amor no existe allí! La dulce niña
Cuando asoma el pudor por vez primera
En su frente de ángel, y su pecho
Sincero amando, palpitar debiera,
De infame corrupción con el ejemplo
No al sentimiento puro le consagra,
Porque del oro le convierte en templo.
¿Qué dicha, qué placeres
Esperas tú encontrar de esas mujeres

En el vendido seno
A los ardores del cariño ageno,
Cuando su impura llama,
Si nace, solamente
Al soplo vil del interés se inflama?
Huye la corte, amigo, y la ventura
Ven á buscar aquí, do la inocencia
Te ofrecerá en la flor de la hermosura
Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
Libando su dulzura
Cambiará tu existencia;
Del tédio sanarás que te aniquila,
Y la virtud amando, suavemente
Tu vida pasará cual la corriente
De ese arroyo tranquila.
¿Ves discurrir zumbando entre las flores
De este cármén umbroso y escondido,
Afanosas buscando las abejas
El néctar delicioso, apetecido?
Mira cuál van dejando desdeñosas
De su brillo á pesar y su hermosura
Las flores venenosas.
Ellas buscan quizá las más humildes,
Las que ocultas tal vez en la espesura
De las agrestes breñas
Apénas se distinguen, ó en la oscura
Grieta se esconde de las rudas peñas;
Ellas no creen que al ostentarse ufanas

Aquellas que parecen
Con mayor altivez y más colores,
Sean también las que ofrecen
Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
Pobre insecto, es verdad, pero dotado
Por el próbido cielo
De un ins into sagaz y delicado;
Y en el jardín del mundo,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida,
Deja la flor pomposa, envanecida
Que á la virtud en su soberbia insulta;
Busca á la que se oculta
Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
Tu corazón sedujo; tú la amaste,
Y alimentando tu pasión insana
Tu puro corazón envenenaste.
Olvidala, y que presto,
Ya despertando de tu error funesto,
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra

De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe,
Que el alba pura con sus lampos tiñe.
La de los grandes y rasgados ojos,
La de los frescos labios purpurinos
Que rien, mostrando deslumbrantes perlas,
La de turgentes hombros y divinos
Que la Vénus de Guido envidiaria,
Mírala ¿no enloquece tu alma, jóven,
Como hace tiempo, enloqueció la mía?
¿La faz de tu perjura es comparable,
Y su pálida tez marchita y fría
Dó la salud y la color simula
Comprado afeite, con la faz rosada
De esta vírgen del bosque,
Dó la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos,
Y con la grata esencia
Que en su redor esparce la inocencia?
Díme, ¿á apagar su fuego esa mirada
Con el ansioso labio no provoca?
¿Quién al verla sonriendo, no querría
Libar la miel de su encendida boca?
¿Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante?
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su seno blanco y palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura

Su fé constante y pura?
 Estas flores, amigo, ansioso busca,
 Abeja del amor, y no te cuida
 De los torpes placeres
 Que te ofrece la corte corrompida,
 Si el néctar de la dicha libar quieres
 Para endulzar las penas de la vida.

MANUEL ACUÑA.

—
 YA VERAS.

—
 DOLORA.

(Imitación.)

—Goza, goza, niña pura,
 Mientras en la infancia estás;
 Goza, goza esa ventura
 Que dura lo que una rosa.
 —Qué, ¿tan poco es lo que dura?
 —Ya verás niña graciosa,
 Ya verás.

Hoy es un verjel risueño
 La senda por donde vas;
 Pero mañana, mi dueño,
 Veras abrojos en ella.
 —Pues qué, ¿sus flores son sueño?
 —Sueño nada más, mi bella,
 Ya verás.

Hoy el carmin y la grana
 Coloran tu linda faz;
 Pero ya verás mañana
 Que el llanto sobre ella corra. . . .
 —Qué, ¿los borra cuando mana?
 Ya verás como los borra,
 Ya verás.

Y goza, mi tierna Elmira,
 Mientras disfrutas de paz;
 Delira, niña, delira
 Con un amor que no existe,
 —Pues qué, ¿el amor es mentira?
 —Y una mentira muy triste,
 Ya verás.

Hoy ves la dicha delante
 Y ves la dicha detrás;
 Pero esa estrella brillante
 Vive y dura lo que el viento.
 —Qué, ¿nada más un instante?

—Sí, nada más un momento,
Ya verás.

Y así no llores mi encanto,
Que más tarde llorarás;
Mira que el pesar es tanto,
Que hasta el llanto dura poco.
—¿Tampoco es eterno el llanto?
—Tampoco, niña, tampoco,
Ya verás.



RASGOS DE BUEN HUMOR.

Y qué, será posible que nosotros
Tanto amémos la gloria y sus fulgores,
La ciencia y sus placeres,
Que olvidémos por eso los amores,
Y mas que los amores, las mujeres?

¿Seremos tan ridículos y necios
Que por no darle celos á la ciencia,
No hablemos de los ojos de Dolores,
De la dulce sonrisa de Clemencia,

Y de aquella que, tierna y seductora,
Aún no hace un cuarto de hora todavía,
Con su boca de aurora,

“No te vayas tan pronto,” nos decía?
¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
Y tan duros y esquivos con las bellas,
Que no alcemos la copa
Brindando á la salud de todas ellas?
Yo, á lo ménos por mí, protesto y juro
Que si al irme trepando en la escalera
Que á la gloria encamina,
La gloria me dijera:

—Sube, que aquí te espera
La que tanto te halaga y te fascina;
Y á la vez una chica me gritara:
—Baje vd. que lo aguardo aquí en la esquina;
Lo juro, lo protesto y lo repito,
Si sucediera semejante historia,
A riesgo de pasar por un bendito,
Primero iba á la esquina que á la gloria.

Porque será muy tonto
Cambiar una corona por un beso;
Mas como yo de sábio no presumo,
Me atengo á lo que soy, de carne y hueso,
Y prefiero los besos y no el humo,
Que al fin, al fin, la gloria no es mas que eso.

Por lo demás, señores,
 ¿Quién será aquel que al ir para la escuela
 Con su libro de texto bajo el brazo,
 No se olvidó de Lúcio ó de Rubredo
 Por seguir, paso á paso,
 A algúna que nos hizo con el dedo
 Una seña de amor, así! . . . al acaso?
 ¿O bien, que aprovechando la sordera
 De la obesa mamá que la acompaña,
 Nos dice:—No me sigas!
 Porque mamá me pega y me regaña?

¿Y quién no ha consentido
 En separarse del objeto amado
 Con tal de no mirarlo contundido?

¿Quién será aquel, en fin, que no ha sentido
 Latir su corazón enamorado,
 Y á quien mas que el café, lo ha desvelado
 El *café* de no ser correspondido?

Al aire, pues, señores,
 Lancemos nuestros hurras por las bellas,
 Por sus gracias, sus chistes, sus amores,
 Sus perros y sus gatos y sus flores
 Y cuanto tiene relacion con ellas.

Al airé nuestros hurras
 De las criaturas por el sér divino,
 Por la mitad del hombre,
 Por el género humano femenino.

LAGRIMAS-

(A LA MEMORIA DE MI PADRE.)

Cum subit illius tristissima noctis imago
 Quæ mihi supremum tempus in urbe fuit;
 Cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui,
 Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

OVIDIO.—Elegia III.

Aún era yo muy niño, cuando un día,
 Cogiendo mi cabeza entre sus manos
 Y llorando á la vez que me veía,
 “¡Adiós! ¡Adiós!” me dijo;
 “Desde este instante un horizonte nuevo
 Se presenta á tus ojos:
 Vas á buscar la fuente
 Donde apagar la sed que te devora;
 Marcha. . . y cuando mañana
 Al mal que aún no conoces
 Ofrezcas de tu llanto las primicias,
 Ten va'or y esperanza,
 Anima el paso tardo,

Y mientras llega de tu vuelta la hora,
Ama un poco á tu padre que te adora,
Y ten valor . . y marcha . . . yo te aguardo."

Así me dijo, y confundiendo en uno
Su sollozo y el mío,
Me dió un beso en la frente.
Sus brazos me estrecharon
Y despues . . . á los pálidos reflejos
Del sol que en el crepúsculo se hundía,
Sólo ví una ciudad que se perdía
Con mi cuna y mis padres á lo léjos.

El viento de la noche
Saturado de arrullos y de esencias,
Somplaba en mi redor, tranquilo y dulce
Como aliento de niño:
Tal vez llevando en su ligeras alas,
Con la tibia embriaguez de sus aromás,
El acento fugaz y enamorado
Del silencioso beso de mi madre
Sobre del blanco lecho abandonado.

Las campanas distantes repetían
El toque de oraciones. . . una estrella
Apareció en el seno de una nube;
Tras de mi oscura huella
La inmensidad se alzaba.
Yo entónces me detuve,

Y haciendo estremecer el infinito
De mi dolor supremo con el grito:
"¡Adiós, mi santo hogar!" clamé llorando;
"¡Adiós, hogar bendito,
En cuyo seno viven los recuerdos
Más queridos de mi alma.
Pedazo de ese azul en donde anidan
Mis ilusiones cándidas de niño.
Quién sabe si mis ojos
No volverán á verte.!
'Quién sabe si hoy te envío:
El adiós de la muerte.!
Mas si el destino rudo
Ha de darme el morir bajo tu techo,
Si el ave de la selva
Ha de plegar las alas en su nido,
Guárdame mi tesoro, hogar querido,
Guárdame mi tesoro hasta que vuelva!"

Las lágrimas brotaron
A mis hinchados párpados. . . las sombras
Espesas y agrupadas, derepente
Se abrieron de los astros á la huella.
Cruzó una luz por lo alto, alcé la frente,
El cielo era una página y en ella
Ví esta cifra.—¡Detente!
Detente. y á mi oído
Llegó como un arrullo de paloma

La nota de un gemido;
 Algo como un suspiro de la noche
 Rompiendo del silencio la honda calma;
 Algo como la queja
 De una alma para otra alma.
 Algo como el adiós con que los muertos,
 Del amor al esfuerzo soberano,
 Saludan desde el fondo de sus tumbas
 Al recuerdo lejano!

.....
 Al despertar de aquel supremo instante
 Del letargo sombrío,
 La noche de la ausencia desplegaba
 Su impenetrable velo,
 Sus sombras sin estrellas,
 Su atmósfera de hielo. . . .
 Esa odiosa ceguez en que el ausente
 Proscrito del cariño,
 Cumple con su destierro, suspirando
 Por sus recuerdos vírgenes de niño;
 Ese inmenso dolor que hace del alma
 En el terrible y solitario viaje,
 Un árido desierto
 En donde es un miraje cada punto
 Y en donde es un amor cada miraje. . . .

Y así de la ampolleta de mi vida
 Se deslizaban las eternas horas

Sobre mi frente mística y abatida,
 Sonando al extenderse en lontananza,
 Como una dulce estrofa desprendida
 Del arpa celestial de la esperanza;
 Así, cuando una vez, en el instante
 En que la blanca flor de mi delirio
 Desplegaba en los aires su capullo;
 Cuando mi muerta fé se estremecía
 Bajo sus ropas ténébres de duelo,
 Al ver flotando en el azul del cielo
 El alma de mi hogar sobre la mía;
 Cuando iba ya á sonar para mis ojos
 La última hora de llanto,
 Y se cambiaba en música de salve
 La música elegiaca del mi canto;
 Mi corazón, como la flor marchita
 Que se abre á las sonrisas de la aurora
 Esperando la vida de sus rayos,
 También se abrió. . . . para plegar su broche,
 A las caricias del amor abierto,
 Encerrando en el fondo de su noche
 Las caricias de un muerto!
 En el espacio blanco y encendido
 Por los trémulos rayos de la luna,
 Yo ví asomar su sombra. . . .
 La gasa del sepulcro le envolvía
 Con sus espesos pliegues. . . .
 En su frente espectral se dibujaba

Una aureola de angustia, lo que dijo
 Se perdió en la región donde flotaba
 Su mano me bendijo
 Su pecho sollazaba
 La sombra se elevó como la niebla
 Que en la mañana se alza de los campos;
 Cerré los ojos suspirando, y luego
 Oí un adiós en la profunda calma
 De aquella inmensidad muda y tranquila,
 Y al levantar de nuevo la pupila
 El cielo estaba negro como mi alma!

En el reloj terrible
 Donde cada dolor marca su instante,
 El destino inflexible
 Señalaba la cifra palpitante
 De aquella hora imposible;
 Hora triste en que el íntimo santuario
 De mis sueños de gloria,
 Vió su altar solitario,
 Convertido su sol en tenebrario,
 Y su culto en memoria
 Hora negra en que la urna consagrada
 Para envolverte ¡oh padre!
 Del cariño en la esencia perfumada,
 Fué un sepulcro sombrío
 Donde solo dejaste tu recuerdo
 Para hacer más inmenso su vacío.

¡Padre perdón porque te amaba tanto,
 Que en el orgullo de mi amor creía
 Darte en él un escudo!
 Perdón porque luché contra la suerte
 Y desprenderme de tus brazos pudo!
 ¡Perdón porque á tu muerte
 Le arrebaté mis últimas caricias
 Y te dejé morir sin que rompiendo
 Mi alma los densos nublados de la ausencia,
 Fuera á unirse en un beso con la tuya
 Y á escuchar tu postrera confidencia!

Sobre la blanca cuna en que de niño
 Me adurmieron los cantos de la noche,
 El cielo azul flotaba,
 Y siempre que mis párpados se abrían,
 Siempre hallé en ese cielo dos estrellas
 Que al verme desde allí se sonreían;
 Mañana que mis ojos
 Se alcen de nuevo hácia el espacio umbrío
 Que se mece fugaz sobre mi cuna,
 Tú sabes, padre mío,
 Que sobre aquella cuna hay un vacío,
 Que de esas dos estrellas me falta una.

Caiste de los libros de la noche
 Yo no tengo la ciencia ni la clave;
 En la tumba en que duermes
 Yo no sé si el amor tiene cabida

Yo no sé si el sepulcro
 Puede amar á la vida;
 Pero en la densa oscuridad que envuelve
 Mi corazón para sufrir cobarde,
 Yo sé que existe el gérmen de una hoguera
 Que á tu memoria se estremece y arde . . .
 Yo sé que es el más dulce de los nombres
 El nombre que te doy cuando te llamo,
 Y que en la religión de mis recuerdos
 Tú eres el dios que amo.

Caiste . . . de tu abismo impenetrable
 La helada niebla arroja
 Su negra proyección sobre mi frente,
 Crepúsculo que avanza
 Derramando en el aire trasparente
 Las sombras de una noche sin oriente
 Y el capuz de un dolor sin esperanza.

Padre . . . duérmete . . . mi alma estremecida
 Te manda su cantar y sus adioses;
 Vuela hácia tí y flotando
 Sobre la piedra fúnebre que sella
 Tu huesa solitaria,
 Mi amor la enciende, y sobre tí, sobre ella,
 En la noche sin fin de tu sepulcro
 Mi alma será una estrella.

1871.

Manuel Carpio.

EL TURCO.

ODA.

Del Bósforo vagaba en la ribera
 De noche un turco de su bien distante,
 Pálido de mortal melancolía;
 Mal compuesto llevaba su turbante,
 Y con voz angustiada así decía:

Aquí en la playa de los tristes mares,
 Al resplandor de la callada luna,
 Renacen en el alma mil pesares
 Al recordar que la querida mía
 Ausentóse llorando de mi lado,
 Llorando inconsolable en su agonía.

Infeliz, agitado, sin consuelo,
 Yo mismo me desgarró la honda herida
 Que abrió en mi pecho el enojado cielo.
 De borrasca en borrasca arrebatado,
 En medio de la angustia más tremenda,